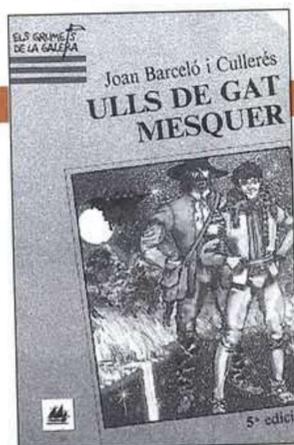


Realismo y magia en la España de la Inquisición

por Xohana Bastida*

Ulls de gat mesquer

Joan Barceló i Cullerés.
Ilustraciones de Jordi Bulbena.
Colección Els Grumets.
Editorial La Galera.
Barcelona, 1979.
Edición en catalán.
Existe edición en castellano —*Ojos de jineta*—.



Tendría yo unos 9 años por aquel entonces, y unos gustos literarios intuitivos pero muy definidos (Enid Blyton, por ejemplo, únicamente me parecía aceptable cuando estaba en la cama con fiebre). Me gustaban los libros de aventuras —no sabía bien si quería ser Tarzán, el Corsario Negro, Sandokán, Yáñez o la novia de cualquiera de ellos—, y también apreciaba los fantásticos; aunque de estos últimos bien pocos había (aún). En esto estaba cuando cayó en mis manos *Ojos de jineta*. Y me deslumbró.

Ojos de jineta era una novela tenebrosa (pero no de miedo), con trasfondo histórico (pero nada didáctica, al menos no de forma evidente), con un oscuro estilo poético y transgresor que aún hoy, después de tantos años, sigo apreciando. Tras su aparición he leído muchos otros libros de tema y tono similares, pero ninguno me ha gustado tanto. Intentaré explicar las razones de mi afición incondicional por esta novela, aunque —como ocurre en todos los amores a primera vista— nunca necesité de una

explicación racional para saber que el libro me gustaba.

Acción y poesía

El momento histórico en el que transcurre la trama —la España renacentista de la Inquisición— es descrito en el libro de forma cruda, sin caer en el tremendismo ni adoptar el tono árido de otros libros que intentan abrir los ojos de los tiernos infantes a las crudas realidades de la Historia. El clima de desconfianza y opresión que vivía la minoría de judíos se retrata claramente, sin olvidar el trasfondo de las delaciones (el despreciable personaje que parece ejercer su oficio de delator sólo por dinero resulta al final ser un judío más, que acusa a sus compañeros de raza por miedo a ser descubierto y quemado), ni las ocultas motivaciones económicas del Santo Oficio. Hasta se incluye en el libro una corta escena de tortura a un reo —el padre de Eloïm, uno de los dos protagonistas—; la escena, descrita en tono

un tanto esperpéntico («¿... quién era aquella odiosa sombra gibosa que hablaba con voz de ganso y reía ahora que le torturaban? ¿Por qué aquella grotesca y maldita tortura? ¡Y los tres dominicos, impasibles cuando él lanzaba gritos de dolor porque las brasas ya le quemaban los pies! “¡Malditos!” Pero se podría jurar que los rostros de los inquisidores eran de piedra. Y los de los verdugos —ocultos debajo de las capuchas— también»; p. 84), resulta terrible, pero no morbosa. Joan Barceló i Cullerés no escatima los detalles feos de la historia; pero nunca carga las tintas, y las pinceladas tenebrosas que aparecen a lo largo del libro se equilibran con escenas fantásticas y divertidas, y —por qué— con un final feliz.

La acción transcurre, así, en una nebulosa entre realista y mágica, en la que los dos planos —realidad y fantasía— se entretrejen con soltura, sin costuras visibles. El ritmo de los acontecimientos es trepidante, pero el lenguaje en el que están descritos roza continuamente la poesía («El invierno jugaba a hacer frío. Llevaba por compañera una niebla calmada y fina que se te metía en las grietas de la piel y pinchaba los pensamientos. Ni una brizna de aire, ni un sorbo de sol: únicamente un cielo siempre igual —azul escaldado, niebla juguetona— que era una campana de cristal», reza el comienzo del libro; p. 7). Tal vez sea éste el aspecto menos conseguido del libro, el que menos he llegado a apreciar con el paso de los años; sin embargo, este esfuerzo por mezclar acción y poesía en un lenguaje accesible para los lecto-

res me parece valioso y apreciable. La originalidad poética del texto es reforzada por los pequeños poemas que encabezan cada capítulo y por los pies de las ilustraciones, que no corresponden a frases del texto sino que se dirigen de forma directa al lector (así, junto al dibujo de la bruja Andraixa aparecen las siguientes palabras: «El miedo te hará hacer figura de espantajo. Lector que ahora tiembles: ¿te ves en el espejo?»; p. 30).

Un libro transgresor

Todo esto nos lleva a lo que es, a mi modo de ver, la característica más importante de Joan Barceló i Cullerés como escritor de libros infantiles: la transgresión. Así como transgrede con soltura los límites entre realidad y ficción, y los que habían podido darse hasta el momento entre los libros de aventuras (entretenidos) y los de prosa poética para niños (a mis ojos de niña, casi invariablemente aburridos), Barceló traspasa sin darle mayor importancia la frontera de lo que estaba permitido contar a los niños. Y así, el etéreo Banga lleva en el sombrero «una hoja de cinco puntas», y es obligado a cuidar día y noche de la «plantación de cáñamo» del bandido Granojo (para más detalles, véase la ilustración de la página 18, en la que se presenta a Banga, y que lleva como subtítulo la siguiente frase: «Si río, verás el sueño de hierba pintado en mi cara»). Entiéndaseme bien: no es *Ojos de jineta* ninguna apología de las drogas blandas, ni me enteré yo de qué iba la cosa cuando, a mis 9 años, leí la novela por primera vez. Pero no dejan de hacerme gracia las narices (disculpen el coloquialismo) que muestra el autor al incluir con semejante desparpajo tales temas, prohibidos en todos los libros infantiles que conozco a no ser que se introduzcan con fines didácticos y moralizantes. Del mismo modo se salta Barceló alegremente los límites convencionales de lo que «está bien contar a los niños» en otros libros, como *Mi querida gallina* (novela que aprovecho para recomendar encarecidamente), en donde la crítica a la explotación de animales y consumidores por parte de los empresarios se suma a una caricatura hilarante y



JORDI BULBENA, ULLS DE GAT MESQUER, LA GALERA, 1990.

descarnada de la Barcelona de finales de los 70, caricatura que no respeta a nadie: desde las fuerzas vivas hasta las comunas de *hippies*, todo el mundo recibe su ración de sátira en esta enloquecida historia.

En fin, volviendo al libro que nos ocupa, no creo que sorprenda la siguiente observación: otra de las características más destacadas del libro —y del autor— es su humor constante, su tono que con frecuencia cae en la socarronería. He aquí otro límite borroso, otra transgresión: junto a las terribles escenas en que se muestran los calabozos y torturas de la Inquisición, aparecen escenas que mezclan lo sobrenatural con la parodia («Eloïm salió de las sombras. Al militar, atemorizado por aquella visión espec-

tral, se le cayó la antorcha encendida, porque no había visto a un chico sino unos grandes ojos pavorosos que echaban luz y una estrella deslumbrante. Quería gritar, pero una mano le tapó la boca. Se quedó estático como un campanario. «Eres prisionero de las tinieblas. Eres nuestro prisionero, vaya...»»; p. 61). La ironía constante de Barceló desmitifica y critica, hace menos desagradable enterarse de las verdades que se presentan al lector.

Y esta crítica se ejerce, tanto en éste como en el resto de los libros del autor, desde el punto de vista de los oprimidos, los marginados, los desposeídos: el humor y la imaginación de Joan Barceló no están reñidos con la preocupación

por los temas sociales y la denuncia de las injusticias, encarnadas en los judíos de *Ojos de jineta*, en los aldeanos acusados de brujería de *El sueño abre una puerta* (segundo libro, y por desgracia último, de la serie que el autor pretendía dedicar a Banga), en los habitantes de los suburbios de *¡Que comience la fiesta!* y en Rascacarrasca, la gallina de *Mi querida gallina*.

Quisiera también comentar un aspecto de *Ojos de jineta* que tal vez parezca secundario, pero que desde luego influyó en mi apreciación del libro. Me refiero a las ilustraciones de Jordi Bul-

vena, que —en consonancia con el tono del libro— mezclan realismo con fantasía, en un estilo tenebrista con influencias ocasionales de Rackham que potencia el atractivo mágico de la historia.

Por último, quisiera hacer una pequeña crítica al libro. Al releerlo ya de adulta, me ha sorprendido descubrir que el único personaje femenino de relevancia es la bruja Andraixa. Por lo demás, el libro está completamente dominado por personajes masculinos: protagonistas y secundarios, buenos y malos, todos son hombres. A decir verdad, no sé si este comentario resulta ser una crítica hacia

el propio libro o hacia mi forma actual de leer, ya que, cuando lo hice de niña, este aspecto ni me importó ni me afectó en absoluto. Ahí queda, sin embargo, para que cada cual opine lo que quiera.

En fin, tras despedazar las razones de mi predilección por *Ojos de jineta*, sólo me queda lamentar la temprana desaparición de su autor, que murió con sólo 25 años. A pesar de ello, nos dejó cinco novelas infantiles muy dignas, cinco libros originales, gamberros y entrañables, que me encantaría ver reeditados. Pero ya. ■

*Xohana Bastida es bibliotecaria y traductora.

El héroe de Carabanchel Alto

por Blanca Calvo*

Manolito Gafotas

Elvira Lindo.

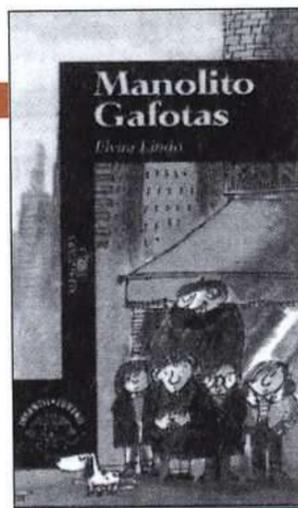
Ilustraciones de Emilio Urberuaga.

Colección Infantil.

Editorial Alfaguara.

Madrid, 1994.

A este primer título le han seguido: *Pobre Manolito*, *¡Cómo molo!*, *Los trapos sucios*, *Manolito on the road*, y *Yo y el Imbécil*. Todos ellos reunidos en el volumen especial, *Todo Manolito* (Alfaguara, 2000).



los niños les gusta el protagonista y sus ocurrencias, y el «fenómeno Manolito» no sólo afecta a los pequeños, ya que son muchos los adultos que también lo conocen, lo admiran y lo siguen libro a libro. ¿Qué tiene este antihéroe de la literatura infantil para causar esos efectos en sus lectores? Eso es lo que vamos a tratar de averiguar en las siguientes líneas.

Orígenes que marcan

Manolito nace en la radio, y no precisamente en la emisora que lo ha hecho superpopular y lo acoge todavía cada fin de semana, sino en la radio pública, en Radio Nacional de España, en un programa nocturno de las madrugadas de los sábados. Ésta es la primera acusa-

Manolito Gafotas es, casi seguro, el personaje literario más conocido por los niños españoles en la actualidad. Los libros en los que Elvira Lindo cuenta su vida se venden en las librerías sin

tener que hacer mucha propaganda, y en las bibliotecas es difícil encontrar alguno porque, aunque se disponga de varios ejemplares de cada título, suelen estar todos prestados. Por lo general, a todos